 Tiempo de lectura: 12 min.

En mayo de 2026 se cumplirá el décimo aniversario de la muerte de Don Giovanni Bocchi, salesiano que dedicó quince años de su vida a la misión en Camerún, dejando una huella imborrable en la Iglesia local y en la formación de numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas. Como uno de los muchos jóvenes cameruneses que se beneficiaron de su ministerio pastoral y de su acompañamiento espiritual, siento el deber de testimoniar el impacto que este misionero tuvo en nuestra Iglesia y en mi propia vocación.
Este retrato biográfico se basa en documentos de archivo, testimonios directos y escritos del propio Don Bocchi desde Camerún. Es un intento de recuperar la figura de un hombre de Dios que supo ser puente entre culturas diversas, padre espiritual para generaciones de jóvenes y testigo auténtico del Evangelio en tierra de misión.

Las raíces de Garfagnana y la formación salesiana
Giovanni Bocchi nació el 8 de marzo de 1929 en Pugliano, una aldea de Minucciano, en la alta Garfagnana de Lucca, hijo de Giuseppe Bocchi y Annunziata Bertoni. Era un mundo campesino, marcado por los ritmos de la naturaleza y por una fe sencilla y robusta. En este contexto montañoso, dominado por el Pizzo d'Uccello y el Pisanino, el joven Giovanni maduró esa sensibilidad humana y espiritual que lo caracterizaría: el valor del esfuerzo, la solidaridad y la esencialidad.

A los diecisiete años ingresó en la congregación salesiana. El 27 de agosto de 1946 cruzó el umbral del noviciado de Varazze, iniciando un largo camino de formación. El 28 de agosto de 1947 emitió la primera profesión religiosa trienal en Varazze, prometiendo vivir en pobreza, castidad y obediencia. Renovó los votos el 25 de agosto de 1950, siempre en Varazze. El 7 de septiembre de 1952, en Alassio, emitió la profesión perpetua, uniéndose para siempre a la congregación salesiana.

El camino hacia el sacerdocio continuó con los estudios teológicos en Bollengo, donde recibió progresivamente las órdenes: lector (1 de enero de 1955), acólito (30 de junio de 1955), subdiácono (1 de julio de 1956) y diácono (1 de enero de 1957). Finalmente, el 1 de julio de 1957, fue ordenado presbítero en Bollengo. A los veintiocho años, Don Giovanni Bocchi era sacerdote para siempre, listo para dedicar su vida a la salvación de las almas. En la escuela de Don Bosco había asimilado el Sistema Preventivo, basado en la razón, la religión y la amabilidad, transformándolo en un estilo de vida.
Los primeros pasos del ministerio en Italia
Desde el 11 de septiembre de 1963 hasta el 11 de septiembre de 1966, Don Bocchi

ocupó el cargo de director de la casa salesiana de Savona. Pero su oficina era el patio, su escritorio era el confesionario. Le encantaba estar entre los muchachos, que veían en él un padre y un amigo. Fue precisamente en estos años cuando comenzó a manifestarse su particular vocación de confesor y director espiritual. Entre sus penitentes se encontraba Vera Grita, joven maestra que se convertiría en Cooperadora salesiana y cuya causa de beatificación está hoy en curso. Don Bocchi la acompañó en su camino espiritual desde 1963, ayudándola a discernir la voluntad de Dios.

Desde el 11 de septiembre de 1966 hasta el 22 de julio de 1970, en Génova-Sampierdarena, Don Bocchi fue delegado inspectorial para los apostolados sociales. Se dedicó a la asistencia de los obreros y sus familias, llevando el Evangelio a las fábricas y a los barrios populares. Era un sacerdote de frontera, que buscaba promover la dignidad humana y cristiana de los trabajadores. Esta experiencia enriqueció su sensibilidad pastoral y lo preparó para comprender las dinámicas de la pobreza que luego encontraría en África.

El 22 de julio de 1970 llegó a La Spezia-Canaletto, ciudad que se convertiría en su segundo hogar durante muchos años. Desde el 1 de septiembre de 1976 hasta el 23 de junio de 1981 fue párroco de María Auxiliadora en Canaletto, demostrando ser un pastor incansable. Su puerta siempre estaba abierta, su predicación sencilla y profunda. Pero era sobre todo en el confesionario donde Don Bocchi ejercía su carisma más grande: pasaba horas escuchando, consolando, perdonando. Era un ministro de la misericordia de Dios.

El 23 de junio de 1981 fue nombrado director de la comunidad salesiana de La Spezia. Pero su corazón siempre estaba dirigido a los jóvenes, a la misión. **Sentía un fuerte deseo de partir hacia tierras lejanas**.

La llamada de África

En 1982, cuando Don Giovanni Bocchi partió hacia Camerún, ya había superado los cincuenta años. Ya no era un joven, sino un sacerdote maduro, con una sólida experiencia pastoral. Su decisión de abrazar la misión africana representaba una elección valiente, que testimoniaba su profunda libertad interior y su total disponibilidad a la voluntad de Dios.

La congregación salesiana estaba viviendo un fuerte impulso **misionero hacia África, en el marco del «Proyecto África» lanzado por el Rector Mayor Don Egidio Viganò**. Como escribiría años después, África se había convertido en «la

joya de la corona» de su vida sacerdotal. Con el entusiasmo de un novicio y la sabiduría de un veterano, se preparó para convertirse en «africano con los africanos».

Fundación de una nueva presencia salesiana

El 1 de septiembre de 1982, Don Giovanni Bocchi llegó a Camerún para fundar, junto con los hermanos Don Rizzato y Don De Marchi, una nueva presencia salesiana en Ebolowa. La ciudad, que contaba con unos 38.000 habitantes, acababa de convertirse en capital de la provincia del Centro-Sur. La parroquia confiada a los salesianos presentaba dimensiones increíbles: abarcaba casi toda la ciudad con 13 barrios e incluía 5 pistas con un total de unos 160 km, a lo largo de los cuales se encontraban más de 40 aldeas, cada una con su propia capilla. Geográficamente cubría más de 9.000 km², con 45.000 habitantes.

Las giras pastorales duraban meses, y el sacerdote permanecía fuera de casa tres o cuatro días a la semana. Era un campo de trabajo inmenso, que los tres misioneros afrontaron con una dedicación extraordinaria.

Don Bocchi se lanzó inmediatamente al aprendizaje de la lengua local, el Bulu, para comunicarse eficazmente con la población. Además del ministerio parroquial, se comprometió en el desarrollo de obras educativas y sociales que cambiarían el rostro de la misión. La escuela católica se convirtió rápidamente en una de las más grandes del sur de Camerún, con 1.350 alumnos de primaria.

Paralelamente, se crearon obras de formación profesional: una grandiosa carpintería, seguida de la mecánica automotriz y la reparación de audio y video. Tenía una visión integral de la educación, que no se limitaba a la instrucción sino que comprendía la formación profesional y el acompañamiento humano. La gente lo llamaba «Fata» (padre) y lo acogía con afecto.

El encuentro que cambió mi vida

Es en este contexto donde tuvo lugar mi encuentro personal con Don Bocchi, un encuentro que cambiaría el curso de mi vida. Frecuentaba el seminario menor San Juan XXIII de Ebolowa, convencido de que debía convertirme en sacerdote diocesano – mi padre era catequista formado por los misioneros espiritanos.

Don Bocchi venía regularmente a nuestro seminario como confesor. La actitud de los salesianos hacia nosotros, los seminaristas, resultaba sorprendente en comparación con la distancia institucional a la que estábamos acostumbrados.

Nunca había visto sacerdotes tan cercanos a los jóvenes, tan solidarios, tan paternales, tan sonrientes, que se dejaban acercar, tocar y ensuciar por los niños y los jóvenes.

Todo comenzó con un partido de fútbol entre nosotros, los seminaristas, y *los jóvenes del Centro Don Bosco*. Fue en esa ocasión cuando vi por primera vez a sacerdotes que jugaban con los muchachos, que reían y bromeaban con naturalidad. Era un estilo pastoral que me interpelaba profundamente.

El «malentendido» que se convirtió en vocación
Mi hermano menor Luc frecuentaba el oratorio salesiano, amigo del Padre Alcide (Don Alcide Baggio, ahora misionero en Kinshasa, en el Congo Democrático). Cuando le expresé mi admiración por esta forma de ser sacerdotes, él le refirió a Don Bocchi que yo deseaba ser salesiano. Pero Don Bocchi no se limitó a tomar nota. Me ofreció las Memorias del Oratorio y una biografía de Domingo Savio: «Lee, y luego hablamos».

No imponía, sino que proponía; ofrecía herramientas de discernimiento. Esta actitud revelaba su profunda confianza en la libertad de la persona y en la acción del Espíritu Santo. También es cierto que, siendo él mi confesor y amigo de mi padre, podía decir que me conocía bien. La lectura de esos textos me abrió un horizonte completamente nuevo: cuando descubrí la vida de Don Bosco y de su alumno Domingo Savio, comprendí la razón de la actitud que los salesianos mostraban hacia nosotros, los jóvenes.

Las dificultades institucionales y el coraje pastoral
Mi elección de acercarme a los salesianos no fue bien vista por los superiores del seminario diocesano. El obispo me convocó: «Escúchame bien, hijo. Si por alguna razón no sigues con los salesianos, no vuelvas nunca a mi diócesis, porque fuiste a ellos sin mi permiso».

Era una amenaza que me asustó profundamente. Pero Don Bocchi, al enterarse de la situación, se escandalizó. Me acompañó personalmente a Sangmelima, donde el obispo Mons. Jean-Baptiste Ama, para aclarar la cuestión, asegurándome que si esa era realmente la voluntad de Dios, podría continuar sin problemas. **Su firmeza al defender la libertad de conciencia fue determinante para mi vocación**.

Don Bocchi también tenía el don del humor. Viéndome aún indeciso, me dijo con una sonrisa: «Si Dios te llama, nadie puede oponerse. Yo mismo de joven intenté

resistirme, y mira lo que Dios me hizo» – señalando en broma su cabeza sin cabello. Del miedo inicial, me eché a reír. Era su manera: con bondad y afecto te ayudaba a descubrir el proyecto de Dios, transformando incluso los momentos de tensión en ocasiones de crecimiento.

Su acompañamiento se caracterizaba por algunos elementos fundamentales: **respeto a la libertad («Reza, reflexiona y luego decide tú»), paciencia en el tiempo de discernimiento, confianza en la Providencia («Si es voluntad de Dios, se abrirá camino») y cercanía humana concreta**.

Livorno y luego Yaundé: el sueño del Santuario
El 26 de junio de 1990, Don Bocchi regresó temporalmente a Italia. Desde el 26 de junio de 1990 hasta el 26 de junio de 1992 fue director de la comunidad salesiana de Livorno. Fue un período de descanso necesario después de ocho años intensísimos en África, pero también un tiempo en el que mantuvo vivos los contactos con la misión camerunesa y se dedicó a la sensibilización misionera entre los benefactores toscanos. Había permanecido en contacto con grupos de amigos en Toscana, y el de Livorno era uno de los más activos en apoyar a Don Bocchi en iniciativas de sensibilización y solidaridad.

El 26 de junio de 1992, Don Bocchi regresó a Camerún, esta vez a Yaundé, a la parroquia de Mimboman. Inicialmente fue encargado (del 1 de septiembre de 1992 al 1 de septiembre de 1993), pero su servicio duraría, con una interrupción, hasta 1999. El traslado representaba un nuevo desafío: de la realidad provincial de Ebolowa a la complejidad de una gran metrópolis africana en rápido crecimiento, con urbanización salvaje, desempleo juvenil y difusión de nuevas sectas religiosas.

Del 6 de julio de 1993 al 1 de septiembre de 1995, Don Bocchi fue llamado de nuevo a Italia como director de la comunidad salesiana de Pietrasanta. Fue un período relativamente breve pero significativo, en el que continuó su ministerio sacerdotal en el territorio toscano. El 1 de septiembre de 1995 Don Bocchi regresó a Yaundé-Mimboman, esta vez como vicario (1995-1996) y luego como párroco (del 1 de septiembre de 1996 al 1 de septiembre de 1999), ocupando simultáneamente también el cargo de vicario en el último año (desde el 1 de septiembre) se dedicó con pasión a la animación del oratorio de Mimboman, que rápidamente se convirtió en un punto de referencia para cientos de jóvenes del barrio y de la ciudad. **Su estilo seguía siendo el de siempre: cercanía a los jóvenes, amor por los pobres, celo por las almas**.

El proyecto del Santuario de María Auxiliadora
El proyecto más ambicioso fue la ideación de un Santuario dedicado a María Auxiliadora, una empresa audaz que parecía superar las fuerzas humanas. Pero **Don Bocchi veía la sed de Dios de la gente, el deseo de un lugar sagrado**. El Santuario debía ser un centro de irradiación de la fe, no solo un edificio. Involucró a la comunidad cristiana, buscó benefactores, movilizó a los amigos en Italia. **Aunque no pudo ver la obra terminada debido a su regreso por motivos de salud, sentó las bases para una realización que otros, hasta hoy, intentan llevar a cabo.**

Para él, María no era una devoción más, sino la madre, la guía, la inspiradora de toda su vida de salesiano y de misionero. Había aprendido de Don Bosco a confiar en ella, a invocarla en los momentos de dificultad.

El regreso definitivo a Italia y los últimos años
En 1999, después de quince años de intensa actividad misionera en África, marcados también por períodos de servicio en Italia, la salud de Don Bocchi comenzó a declinar seriamente, puesta a prueba por el clima y la vida de sacrificio. Se vio obligado con gran dolor a dejar su amada tierra africana, afrontando esta nueva prueba con la misma fe y abandono que había caracterizado su ministerio.

Aquel año, el 11 de julio, representó para ambos un giro radical y definitivo. Precisamente en aquel Oratorio y en aquella parroquia destinada a convertirse en futuro santuario, Don Bocchi pudo asistir a mi ordenación sacerdotal. Para él era la culminación de una misión educativa: había escrito y presentado personalmente mi candidatura al obispo, según el rito litúrgico, acompañándome desde los trece años hasta la edad adulta, encontrándome incluso una familia adoptiva en Franco y Carla Sommella en Spezia, Vezzano Ligure.

El día de la ordenación sacerdotal, me quedé sin palabras. Leía en sus ojos la misma alegría que brillaba en los de mis padres africanos. La separación que siguió, aunque dolorosa, marcó para él la conclusión de un camino: mi confesor y padre espiritual veía realizada su obra, llevada a término en el signo de una misión cumplida.

Entre Pisa y La Spezia: el ministerio del perdón
Menos de dos meses después, es decir, del 1 de septiembre de 1999 al 30 de junio de 2000, Don Bocchi regresó brevemente a La Spezia-Canaletto, la comunidad que ya había conocido en los años setenta. Del 30 de junio de 2000 al 1 de septiembre

de 2004 fue director y párroco en Pisa de la parroquia de Don Bosco y San Ranieri. A pesar de la edad y las dolencias, se entregó con generosidad.

El 1 de septiembre de 2004 fue trasladado a La Spezia, a la parroquia de Nuestra Señora de las Nieves, donde hasta el final de sus días se dedicó a lo que le gustaba llamar el «ministerio del perdón». Acogía a todos con una sonrisa luminosa que transmitía alegría y serenidad. Se convirtió en un punto de referencia espiritual para toda la ciudad. **Su fama de confesor sabio y misericordioso se extendió rápidamente: los fieles que acudían a su confesionario eran verdaderamente un río**, y para ellos Don Gianni siempre estaba disponible. Acogía a todos con la misma paciencia, la misma bondad. No miraba el reloj, no se cansaba de escuchar. **Para él, cada alma era un tesoro precioso**.

El privilegio de la indulgencia plenaria recibido en África
En estos años, Don Bocchi ejerció un privilegio especial que **había recibido del Papa Juan Pablo II durante una de sus visitas a Camerún: la facultad de impartir la indulgencia plenaria**. Era un reconocimiento de su santidad de vida y de su fidelidad al Evangelio. Ejerció este privilegio con gran humildad, feliz de poder ofrecer a los fieles no solo el perdón sino también la remisión total de la pena.

Los últimos años estuvieron marcados por la enfermedad, que se agravó progresivamente. Pero nunca perdió su serenidad. Continuó orando, ofreciendo, bendiciendo. **Se preparó para el encuentro con el Señor con la paz en el corazón, con la certeza de haber librado la buena batalla**.

El último adiós
Don Giovanni Bocchi falleció el 1 de mayo de 2016 en La Spezia, a la edad de ochenta y siete años. Los funerales se celebraron en la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves en La Spezia, presididos por monseñor Luigi Ernesto Palletti, obispo de la diócesis, con la presencia de numerosos sacerdotes y una gran multitud conmovida. Fue el último y coral abrazo a un padre, testimonio del afecto y la estima ganados en todos los años de su ministerio.

El testimonio de Don Karim Madjidi
Al rito asistió Don Karim Madjidi, entonces vicario inspectorial de la Circunscripción Central (2015-2018), quien ilustró la figura y la obra de Don Bocchi. Subrayó cómo había sido un gran sacerdote que había sabido dar toda su vida al Señor, acogiendo todas sus obediencias, cambiando continuamente de ciudad, siempre al servicio, en el oratorio.

Don Karim destacó el impacto duradero en la Iglesia camerunesa: Don Bocchi había seguido a muchos jóvenes que se habían preparado para ser sacerdotes, a muchas monjas. Su forma de ser sacerdote –que **invitaba a todos a rezar a la Virgen, a acercarse a la confesión, a la Eucaristía, pero con un sentido humano, verdaderamente humano, cercano**– había dejado una profunda huella.

Sus restos mortales descansan ahora en el cementerio de su pueblo natal, Pugliano, entre las montañas que lo vieron nacer. Es un regreso simbólico a las raíces, a la tierra que lo formó, a las montañas que le enseñaron la solidez de la fe.

El legado espiritual
El legado más precioso de Don Giovanni Bocchi no se encuentra en las obras materiales, por grandes que sean, sino en los corazones que transformó. Su predicación, y sobre todo su testimonio, favorecieron muchas conversiones a la fe y el surgimiento de numerosas vocaciones religiosas y sacerdotales.

Numerosos jóvenes, gracias a su ministerio, abrazaron la vida sacerdotal o religiosa. Otros se comprometieron como laicos en la Iglesia y en la sociedad. Mi propia vocación es fruto de su acompañamiento. Hoy, como psicólogo de la educación, predicador y desde hace algunos años miembro del Consejo General de los Salesianos, llevo adelante el legado de aquella semilla que él plantó en mi corazón de joven seminarista incierto.

Los «Jean Bocchi» de Camerún
Todavía hoy, en Camerún, **muchos niños llevan el nombre «Jean Bocchi» en honor al misionero**. Para las madres africanas, dar el nombre de una persona a sus hijos es el reconocimiento más alto: significa que esa persona ha salvado su vida o la de sus familias. Es un gesto que va más allá del afecto, que testimonia una gratitud profunda. **Estos niños son la memoria viva de un padre que amó sin reservas.**

Un método educativo universal
Don Bocchi supo encarnar el carisma salesiano en tierra africana, adaptándolo al contexto local sin traicionar su esencia. Demostró la validez universal del Sistema Preventivo de Don Bosco. Aprendió nuestra lengua Bulu, comprendió las dinámicas sociales, **supo hacerse africano con los africanos** sin perder su identidad de salesiano. Su testimonio demuestra que la evangelización auténtica no es imposición de modelos externos, sino encarnación del Evangelio en la cultura local, respetuosa de las diversidades y valorizadora de las riquezas humanas de cada

pueblo.
Casi diez años después de su muerte, la figura de Don Giovanni Bocchi sigue viva. Para nosotros en Camerún **fue un padre en la fe, que supo ayudarnos sin asistencialismo, formarnos y desafiarnos sin colonialismo cultural. Creyó en nuestras potencialidades y respetó nuestra dignidad**.

Su legado continúa en las obras que fundó, en las vocaciones que suscitó, en los «Jean Bocchi» que llevan su nombre. Pero sobre todo continúa en el método educativo que transmitió y en el amor por los jóvenes que testimonió.

Don Alphonse OWOUDOU, sdb
Consejero Regional África Central y Occidental